

## CRISIS Y FORMA

### UNA CONVERSACION ENTRE NASSER ABOURAHME Y ADAM HAJYAHIA

Traducción por Félix del Campo

Esta conversación comenzó de manera informal en el verano de 2024, diez meses después del 7 de octubre y cuando se cumplía casi un año de un genocidio implacable en el que la población de Gaza no ha vivido ni un segundo sin que se lanzaran toneladas de bombas sobre cualquier forma de vida sitiada en su franja de tierra. El último intercambio tuvo lugar en marzo de 2025. Desde que comenzamos, han pasado meses, se ha logrado y roto un alto el fuego en el Líbano. Israel, con el pleno apoyo de Estados Unidos y respaldado por sus aliados occidentales como Alemania, Francia y el Reino Unido, ha diezmado de forma muy calculada y sin ningún intento de ocultar su actividad genocida matemática y extractiva, hospitales, universidades, agencias de noticias, campos de refugiados y todas las demás instituciones sociales, comunitarias y políticas. La integridad y el significado mismo de lo que son estas instituciones y de quiénes ocupan los roles de educadores, periodistas, médicos, enfermeros y trabajadores humanitarios en Occidente se han reconfigurado en relación con lo que estas ocupaciones significan hoy en Gaza. No porque Gaza sea una especie de excepción histórica — todo lo contrario—, sino por la complicidad material y simbólica directa que estas instituciones tienen en las historias y procesos históricos globales de colonización, genocidio, asentamiento y despojo, extracción de mano de obra, encarcelamiento y comercio de armas que el genocidio en Gaza y la resistencia del pueblo palestino contra su exterminador han revelado en este momento histórico de crisis global del capital. El significado de las imágenes, los testimonios, las pruebas, los derechos, la integridad médica, la responsabilidad periodística y los marcos discursivos que rigen su producción y circulación se ven presagiados por la excesiva interioridad de la vida palestina que hemos estado presenciando durante un año y medio, a diario, a cada hora. Al encontrarnos en este giro histórico que pone de relieve la cuestión de Palestina y expone el

sionismo como la frontera del dominio imperial actual, debemos preguntarnos: ¿qué nos revela la lucha anticolonial por la liberación de Palestina sobre la comprensión global de la raza, la propiedad y el capital? ¿Cuáles son las aperturas políticas y los nuevos internacionalismos que surgen de este momento de fascismo liberal y exclusión? Si la crisis [como genocidio, y el genocidio como crisis] es un momento en el que el orden violento sostenido de las cosas ya no puede reanudarse de la misma manera, ¿cómo forjamos un camino a seguir? ¿Cuáles son las consideraciones y relaciones que tenemos entre nosotros, nuestras profesiones y nuestro pensamiento, nuestras propias vidas, que deben reorganizarse, abandonarse y reconstruirse radicalmente? Los intercambios que figuran a continuación intentan identificar estos estancamientos y exclusiones, con el fin de ofrecer una lectura y una comprensión históricas y materialistas renovadas de cómo y por qué debemos superar el presente.

— Adam HajYahia.

.....  
*Octubre de 2024*

**Adam HajYahia (AHY):** El último año ha materializado una revelación paradójica. En cierto modo, tanto el movimiento de solidaridad con Palestina como el movimiento de liberación fuera de Palestina han logrado éxitos sin precedentes que se han manifestado en una organización sostenida para detener barcos (desde el Mar Rojo hasta el océano Pacífico), interrumpir o bloquear el comercio (mediante el bloqueo de las vías de entrada y salida de Manhattan y sentadas en los puertos), cambiar los marcos discursivos en los medios de comunicación internacionales, lanzar campañas de boicot cultural y económico (como las campañas mediáticas de WAWOG, entre otras), ampliar la base de instituciones que respaldan a PACBI, influir en las elecciones en Estados Unidos, detener las campañas de fabricación de armas (acción directa sostenida siguiendo el modelo de Pal Action), intensificar las demandas y expectativas de las instituciones de derechos humanos y causar el caos en las instituciones académicas y culturales que están materialmente imbricadas en el genocidio en curso en Gaza y son cómplices simbólicas en la producción de marcos discursivos o simbólicos que justifican las acciones de Israel. Sin embargo, también nos enfrentamos al hecho concurrente de que todas las formas políticas han fracasado a la hora de detener el genocidio, que es la única urgencia y el objetivo principal

detrás de este diluvio de esfuerzos organizativos. Nos encontramos en un momento en el que tenemos que replantearnos seriamente cómo invertimos y reinvertimos nuestras energías organizativas (o desorganizativas), ya que no podemos seguir reproduciendo las mismas estrategias que hemos estado aplicando durante los últimos 15 meses.

En pocas palabras, si pensamos en la operación *Al Aqsa Flood* del 7 de octubre como una ruptura en el tiempo y en la escalada israelí de su campaña histórica de aniquilación contra los palestinos como un nuevo amanecer político (usted ha hablado recientemente de esto extensamente en la conferencia «[The Anti-zionist idea: History, Theory and Politics](#)»), ¿qué pasa con nuestras formas políticas? ¿No las hemos agotado? Pienso aquí en *Disturbio. Huelga. Disturbio: La nueva era de los levantamientos*, de Joshua Clover. Hay algo productivo en examinar qué formas diferentes sirven en una temporalidad y cuál puede ser su función en otra, la relación entre la historia y la forma política. Por ejemplo, si tomamos la huelga frente al disturbio como formas políticas de protesta utilizadas por las clases trabajadoras del siglo XVIII, como esboza Clover, la huelga fijaba el precio/las condiciones (o el salario) de la fuerza de trabajo, mientras que el disturbio fijaba el precio de los bienes del mercado (o su disponibilidad). Con el cambio de siglo, la huelga sustituyó a la forma precapitalista del disturbio. En nuestra época contemporánea, ambas formas se utilizan por razones muy diferentes y para alcanzar objetivos distintos. Estas diferencias y cambios reflejan las realidades sociales y políticas por las que navegamos, especialmente en un momento en el que nada más que la militancia anticolonial está demostrando ser eficaz y en el que todas las tácticas que antes eran materialmente eficaces se están convirtiendo rápidamente en meramente simbólicas. Hay algo en este tipo de pragmatismo que es necesario en este momento, al menos para comprender cómo debemos actuar en esta coyuntura histórica.

.....  
*Enero de 2025*

**Nasser Abourahme (NA):** Creo que hay algo muy urgente, pero también muy difícil, en lo que planteas como la relación entre la forma política, el tiempo y la historia. Y creo que tienes razón en que hay una especie de paradoja en la movilización que hemos visto en Occidente en torno a Palestina y el genocidio.

¿Cómo se puede hacer balance de este periodo? Por un lado, como dices, los logros han sido impresionantes y posiblemente se haya producido la mayor movilización del internacionalismo de izquierda en el núcleo imperial. También señalaría el giro hacia la acción directa en lugares como el Reino Unido, que ha sido formidable. Todo esto tendrá efectos a largo plazo no solo en la conciencia política, sino en el propio destino de la izquierda aquí. Y debemos recordar la vieja máxima de que no hay manifestaciones inútiles. Personas mucho más involucradas que yo en la lucha diaria me han recordado a menudo que las manifestaciones y las protestas son, ante todo, oportunidades para organizarse. Por otro lado, sí, tienes toda la razón, nada de lo que hemos hecho ha sido capaz de hacer mella en la maquinaria del genocidio. Y, en cierto sentido, la movilización en torno a Palestina no ha hecho más que acentuar los impasses de la era de los levantamientos, o la larga década de los años 2010: movilizaciones masivas que no se traducen en cambios estructurales o formales; revueltas sin revolución. ¿Es esto una debilidad en la forma? ¿En la táctica? ¿Es la relativa fortaleza de los regímenes políticos occidentales, capaces de absorber la disidencia a gran escala en la pompa de los ciclos electorales? Recuerdo la sensación de conmoción y decepción en 2003, cuando una manifestación de un millón de personas en Londres no logró detener la marcha hacia la guerra de Irak; pues bien, veinte años después, y probablemente ha habido docenas de manifestaciones de esa magnitud solo en Londres este año, y todas ellas han fracasado en su intento de detener un genocidio retransmitido en directo.

¿Dónde nos deja esto? Clover, como tú dices, nos recuerda que la cuestión de la forma es siempre histórica. Yo lo entiendo de dos maneras. No solo que la forma es y tiene que ser históricamente contingente, sino también que, en cierto modo, es histórica en sí misma, en el sentido de que nuestras luchas son históricamente acumulativas. Clover ha señalado recientemente que toda una comitiva de académicos y comentaristas de izquierda acababa de declarar que el levantamiento de George Floyd de 2020 no había logrado nada y no había servido para nada. Pero la Intifada Estudiantil, el mayor movimiento estudiantil en generaciones, fue posible en parte gracias a la educación y la radicalización que había generado el levantamiento de 2020. La era de los levantamientos puede que solo conduzca a más levantamientos, pero es acumulativa y posiblemente exponencial.

Por supuesto, esto no responde a la pregunta sobre la forma. Y aunque muchos de nosotros, entre ellos Clover, hemos recurrido de manera productiva a la forma de comuna como una salida al estancamiento de las plazas y los disturbios, no está muy claro adónde nos lleva eso ahora. En Occidente, la fábrica ha desaparecido y el Estado parece inalcanzable. El partido vanguardista también podría haber llegado a su fin, y la alternativa electoral socialdemócrata está prácticamente cerrada; tomemos como ejemplo la quiebra de la estrategia electoral del DSA y sus fracasos casi terminales en la cuestión imperial/colonial, o el débil desenlace del momento Bernie, o la forma en que el movimiento liderado por Corbyn (por el contrario, una fuerza socialdemócrata genuinamente antiimperialista) fue sistemáticamente pulverizado (aunque Melenchon sigue siendo una perspectiva interesante en Europa).

Entonces, ¿cuál será la forma política que vendrá? Para mí, la pregunta que habría que plantearse primero es: ¿de dónde proviene nuestra capacidad de desestabilizar? ¿Cuál es la agencia sociotécnica que podríamos movilizar de manera que reprodujera el poder que antes ejercían algunos sectores laborales? ¿Cuáles son los puntos críticos que podrían ser objeto de ataque? No tengo respuestas a ninguna de estas preguntas, pero mi instinto me dice que hay que analizarlas desde una perspectiva global. Hay una idea más antigua del tercermundismo que creo que vuelve a cobrar importancia o relevancia: ¿cómo apoyan los del núcleo imperial a las fuerzas revolucionarias de la periferia? Y en esto hay una relación entre el activismo local y la crisis global que es profundamente histórica. Una relación que hoy cobra gran relevancia. Estoy seguro de que la persistencia de la resistencia palestina ya ha rediseñado partes del orden global. Se necesitarán años para que estos efectos se materialicen por completo. Pero el fin de la ola genocida del Estado israelí en la franja de Gaza es un acontecimiento histórico mundial. De esto no tengo ninguna duda. El imperio más grande y una de las colonias de asentamiento más históricamente brutales de la historia moderna lanzaron absolutamente todo lo que tenían contra una pequeña franja de tierra sitiada y aún así no pudieron imponer su voluntad a su población refugiada. La destrucción de las facciones de la resistencia fracasó, el desplazamiento y la limpieza étnica del norte de la Franja de Gaza fracasaron, y la recolonización y el asentamiento fracasaron. Esta trifecta de guerra-eliminación-asentamiento es el núcleo de cualquier conquista colonialista, y fracasó. Una guerra de exterminio librada sin líneas rojas, sin límites, sin principios legales, sin una pizca de respeto, ni siquiera simbólico, por el derecho internacional humanitario, una guerra total y sin límites, no pudo alcanzar sus objetivos declarados e implícitos. Cualquiera que te diga que se contuvieron está

simplemente exponiendo su propia frustración insensible. Cientos de miles de toneladas de municiones con una frecuencia e intensidad que, en muchos sentidos, no tienen precedentes, y aun así la gente se negó a morir y desaparecer. En este intento fallido de romper Gaza, el orden liderado por Occidente ha canibalizado las mismas instituciones sobre las que construyó su propio orden imperial de posguerra: el derecho internacional, el discurso de los derechos humanos, el humanitarismo, etc. Y sí, lo que podamos obtener en esta nueva era histórica (¿la era poshumanitaria? ¿la nueva era exterminadora?) puede ser peor, pero carecerá del tipo de marcos institucionales que podrían garantizar formas estables de dominación a largo plazo. La sensación de que esto podría ser una oportunidad para que el orden imperial liderado por Estados Unidos quemara la casa y luego construyera un nuevo marco sobre sus ruinas se ha desvanecido. No habrá un nuevo gran reordenamiento legal sobre el genocidio del pueblo palestino, del mismo modo que el Holocausto y Hiroshima y Nagasaki fueron las formas de violencia que allanaron el camino para la ley que siguió. No habrá un nuevo *nomos de la tierra* escrito en las ruinas de Gaza. No va a dar paso a una gran reorganización del mundo que pueda renovar el imperio liderado por Estados Unidos. Si acaso, ocurre lo contrario: la vocación estratégica del sionismo para el imperio era, sobre todo, su capacidad para librar guerras rápidas y decisivas que reordenaran las geografías y vencieran a las fuerzas de izquierda y anticolonialistas. Esto ya se ha hecho.

Volviendo a la cuestión de la forma y el activismo, lo que esto implica para mí (de manera pragmática, como lo planteaste) es doble: uno, que el espacio ideológico entre el sionismo y sus partidarios imperiales podría ser más vulnerable que antes, y dos, que la guerra imperial ya no volverá a estabilizar las formaciones internas en lugares como Estados Unidos. Las ganancias del imperio, simbólicas y materiales, que podrían obtenerse en un lugar como Palestina están disminuyendo. Esa es la crisis que se avecina «en casa». Así que realmente no tengo una respuesta a la pregunta sobre la forma, salvo invocar de nuevo el imperativo benjaminiano: nuestra tarea es hacer realidad el estado de emergencia real, iniciar la crisis real. Y aquí quiero preguntarte, como alguien que ha pasado mucho tiempo trabajando en instituciones académicas y culturales, en las que las contradicciones de nuestra época parecen estar más presentes, ¿qué margen de maniobra ves aquí? Me parece que nuestra presencia en estas instituciones, como la de una izquierda declaradamente antiimperialista o anticolonialista, se encuentra en un precipicio, y lo que venga después podría muy bien sellar el

6

rumbo de estos espacios de una forma u otra. Tengo la sensación de que lugares como las universidades y los museos están en el centro de todo y, al mismo tiempo, al borde de la irrelevancia. ¿Queda aún algo por lo que luchar aquí?

.....  
*Enero de 2025*

**AHY:** Hay algo muy convincente, pero a la vez sensato e implícito, en tu respuesta. En particular, tu observación sobre el genocidio en Gaza como un acontecimiento que no sentará las bases para ningún orden imperial posbélico, al contrario que el Holocausto e Hiroshima y Nagasaki, que fueron los cimientos de este, y cómo esta guerra imperial, a diferencia de otras anteriores, no volverá a estabilizar las formaciones internas y los disturbios en lugares como Estados Unidos. Creo que tienes razón al señalar esto en el momento actual como un hecho trascendental, porque el Holocausto, Hiroshima y Nagasaki se historicizaron de inmediato como algo ajeno a la historia y constituyeron la base de la formación histórica contemporánea, mientras que el genocidio del pueblo palestino, en mi opinión, ha materializado la historia como un acontecimiento. Esta guerra de exterminio es emblemática de las historias mundiales de colonización, imperialismo y capitalismo racial debido a lo que el sujeto político palestino ha llegado a representar contra el sionismo como proyecto tan crucial para la formación de la subjetividad y el orden liberal occidental contemporáneo. El sionismo, tanto como ideología y capital que prolifera en las instituciones políticas, académicas y culturales de Occidente, como desarrollo tecnológico de vigilancia y armamento a nivel mundial, y como proyecto militar regional de colonización que toma Palestina como su principal objeto de conquista y función, pero que se extiende mucho más allá (la ocupación del sur del Líbano, el Jolan sirio en 1967 y su expansión desde la caída del régimen de Assad, la neutralización del Sinaí y Jordania como puesto militar avanzado), es una crisis como forma política de dominación. El sionismo revela los límites del liberalismo, el mismo orden que permitió la fundación de Israel como colonia contemporánea y bíblica. Pone de manifiesto cómo el (neo)liberalismo, como orden «estable» y duradero, no logra mantener una hegemonía global de acumulación de capital y dominación racial-imperial en momentos de desestabilización radical; y ante esa desestabilización, la única respuesta para mantener su orden es un estallido fascista descarado, un disfrute fascista de la sombra del liberalismo. El sionismo, desafiado por la lucha anticolonial palestina, revela la crisis del liberalismo como una crisis estabilizada.

Admito que la pregunta que planteé es de alguna manera imposible, es como si te pidiera que idearas una forma política que fuera lo suficientemente fuerte y maleable como para detener el genocidio, cuando el genocidio, sobre todo en su forma tecnológica contemporánea de aceleración, escala y brutalidad, nunca debería tener los medios políticos para llevarse a cabo. Pero en cuanto a tu pregunta sobre la lucha dentro de las universidades y los museos como espacios que representan las dinámicas de poder del mundo en el que vivimos a través de estructuras institucionales, creo que es útil tomar como ejemplo a Alemania, tanto por su relación única con Israel desde su papel histórico en Europa, como por la vulgar claridad que ofrece su estado actual como microcosmos. Intentaré responder a esto mediante un desvío histórico reciente que, lo confieso, es bastante atrevido en mi forma de sintetizar (y desintegrar) las relaciones siempre enredadas entre lo simbólico y lo material. Pero, como ejercicio, creo que puede ser generativo como punto de partida:

Si echamos la vista atrás a 2010, uno de los bancos nacionales más importantes de Alemania, el Deutsche Bank, anunció que se desprendía de Elbit System, la infame empresa de tecnología militar israelí y principal objetivo de las campañas de acción directa de Palestine Action, que está realizando una brillante labor de acción directa sostenida que acumula y produce resultados claros y tangibles. La decisión supuso una gran victoria para el movimiento BDS y sus aliados en aquel momento, tras años de presión para que se retiraran las inversiones de las empresas implicadas en el proyecto militar de Israel. A pesar de los intentos de negar la noticia de la desinversión con el pretexto de que Deutsche Bank no poseía acciones de Elbit Systems, los datos financieros y los informes bursátiles confirmaron la noticia y verificaron que, de hecho, se habían retirado 50 000 acciones propiedad de Deutsche Bank (el 0,1 % de Elbit en ese momento). En aquel momento, la prensa alemana y hebrea apenas informó sobre el asunto ni mostró indignación, a pesar de que se trataba de un logro aparentemente importante que, en el clima político actual de Alemania, sería casi impensable. Planteo este caso porque lo considero un ejemplo muy explícito de una actividad política de izquierdas que opera a nivel material, que se manifiesta mediante la presión económica basada en una noción global preestablecida de ética y moralidad, con resultados cuantificables. El caso no es en absoluto similar en los espacios culturales.

Dos años más tarde, en 2012, Judith Butler fue anunciada como ganadora del Premio Adorno en Fráncfort, lo que provocó una virulenta reacción en contra. El Gobierno israelí, sus seguidores alemanes y los grupos judíos sionistas internacionales se mostraron consternados por el hecho de que un prestigioso premio alemán fuera a ser otorgado a alguien con una «agenda virulentamente antiisraelí». Esta indignada respuesta se produjo a raíz de los comentarios recientes y no tan recientes de Butler en apoyo al movimiento BDS, junto con otras declaraciones en las que instaba a Hezbolá y Hamás como movimientos que forman parte de una «izquierda global». Desde entonces, Butler ha dado bandazos en su lucha interna, hecha pública, sobre su postura respecto a la violencia militante anticolonial y la resistencia, pero en aquel momento los críticos se dedicaron a movilizar la vergüenza y las condenas dirigidas al ayuntamiento alemán a través de campañas mediáticas (que vanguardizan y difunden esta ideología estatal dentro y fuera de las instituciones culturales) para retirar el premio o impedir que se concediera a otros críticos de Israel en el futuro. Este caso no fue el primero de este tipo, pero creo que es posiblemente uno de los primeros que le sucedieron a una figura cultural de alto perfil y que causó indignación pública. Este caso fue un ejemplo muy claro de represión política operativa a nivel cultural-simbólico y dentro del ámbito de las instituciones que gobiernan y monopolizan lo simbólico y lo artístico (¿quizás más exactamente, lo culturalmente ideológico?), que se manifiesta mediante la presión ejercida sobre las instituciones culturales basada en un compromiso cultural europeo presupuesto de oposición al «antisemitismo». Al leer estos dos incidentes en paralelo, siempre que hayan tenido lugar aproximadamente al mismo tiempo y en el mismo clima político en Alemania, se revela una dialéctica material-simbólica. En primer lugar, la organización política operativa a través de registros materiales era posible en Alemania, mientras que los gestos políticos simbólicos se reducían y se enfrentaban a persecuciones. En segundo lugar, en Alemania existía un movimiento político organizado que instrumentalizaba la lógica económica para ejercer presión material con un objetivo claro, mientras que un movimiento cultural organizado (que realmente vale la pena mencionar más allá de los trabajadores culturales, artistas y académicos individuales que emiten una declaración o publican algo en las redes sociales) no lograba formarse. Lo que me resulta evidente es cómo los intentos del Estado alemán de borrar, silenciar y neutralizar el movimiento de solidaridad con Palestina comenzaron y se cultivaron en el ámbito cultural, mucho antes de formarse o replicarse en otras estructuras estatales alemanas, como la oficina de inmigración, la policía y el tribunal supremo, lo que se hizo mucho más pronunciado desde el 7 de octubre.

Dicho de otro modo, las manifestaciones alemanas de violencia simbólica contra Palestina (que provocan respuestas materiales violentas), ejemplificadas a través de la censura, la eliminación y el chantaje macartista (todos ellos con consecuencias materiales), prevalecieron casi exclusivamente en el arte contemporáneo financiado por el Estado, las instituciones académicas y los circuitos culturales durante casi dos décadas, sentando las bases para los sucesivos aparatos estatales que propagaron la violencia material y política materializada a través de la burocracia antipalestina, los procedimientos de inmigración, las campañas policiales para vigilar, atacar y brutalizar a árabes y musulmanes, y las políticas de ciudadanía de los últimos dos o tres años. Esto también significa que las contradicciones y, por lo tanto, la negatividad que la supuesta autonomía prometida del arte contemporáneo puede permitir como lugar de crítica o especulación negativa, fueron disminuyendo y se volvieron más hegemónicas y excluidas dentro de una superestructura estatal-mercantil. Y la forma en que el arte, tal y como circula en Alemania, quedó totalmente subsumido en el proyecto fascista-liberal-estatal.

Creo que no se trata de un simple ajuste de cuentas: las redadas policiales en las casas de inmigrantes árabes y musulmanes en Neukölln que hemos presenciado desde el 7 de octubre, junto con las barricadas que rodean los barrios de inmigrantes y las marcas de porras que anuncian su piel brutalizada, no están desvinculadas de una culminación violenta previa de la grandilocuencia retórica y simbólica racista y antipalestina que ha plagado el discurso público alemán en la esfera cultural durante más de dos décadas. La prohibición y la inclusión en listas negras de artistas por sus firmas en apoyo al BDS y la desinversión de los trabajadores culturales que se pronuncian sobre Palestina, que persistió desde la década anterior hasta la actual, son mecanismos de control y vigilancia que ahora se utilizan para revocar y rechazar los visados de inmigrantes y las solicitudes de ciudadanía de árabes y musulmanes. La saga de Documenta 15 y el discurso artístico burgués que la rodea, que operó principalmente a través de registros simbólicos en los que se demonizaba y marginaba a los trabajadores culturales palestinos y se culpaba a otros migrantes de ser agitadores antisemitas extranjeros, ejemplificó explícitamente la xenofobia y el racismo históricos de Alemania. Exteriorizó el problema histórico-actual del antisemitismo alemán (véase, por ejemplo, el auge del partido de extrema derecha AfD) como una amenaza externa que invade la sociedad alemana a través de la inmigración

racializada, proyectando las ideologías racistas y antisemitas alemanas sobre el Otro extranjero, principalmente árabes y musulmanes.

Desde el comienzo del genocidio, finalmente hemos visto la formación de un movimiento organizado que llama a los trabajadores culturales, artistas y académicos a «hacer huelga en Alemania». También hemos visto movilizaciones serias y poderosas en las calles contra la complicidad y la financiación de Alemania del genocidio en el extranjero y su creciente represión estatal contra todo y todos los que apoyan a Palestina a nivel interno. Pero lo que realmente resulta esclarecedor es cómo la institucionalidad artística y académica (con el matiz necesario de atender a la estructura del «estado del bienestar» de Alemania, donde la mayor parte de la producción artística está financiada por el estado y lo que esa estructura engendra) sirvió en realidad como infraestructura para la represión estatal tangible, material y legal. Sin duda, dentro de estas instituciones existe una lucha real en suspenso que espera a que los trabajadores culturales, los propios cómplices dentro de estas instituciones, se organicen y movilicen como movimiento, aunque está claro que la mayoría ha optado por no seguir ese camino y ha dado prioridad a la alineación con la institución/el Estado/la institución estatal y, por lo tanto, al reinado del mercado.

Quizás para reorientarme en la respuesta a tu pregunta y quizás ampliarla también a ti como académico y educador, alejándome del contexto alemán, quiero que analicemos el movimiento estudiantil en Estados Unidos y su papel en la lucha para detener el genocidio. Pienso en los campamentos de 2024 como una extensión de los esfuerzos acumulativos de organización y teorización histórica del movimiento contra la guerra, la red internacional contra el apartheid y la organización radical negra en los campus, ya sea para los estudios afroamericanos o para toda la ética educativa de los Panteras Negras, entre otros. Aquí hay que trazar una línea clara entre cómo las universidades son a la vez campos de batalla (debido a cómo nosotros, como personas de izquierda, trabajamos tan cerca del poder) y centros para formar la conciencia colectiva, la radicalización y el compromiso con el pensamiento anticolonialista/anti imperialista. En este sentido, cuando pensamos en la forma, la acampada es aún más convincente porque es una perturbación tanto simbólica como material. Apunta y desestabiliza a la universidad como institución que salvaguarda y produce el marco retórico y discursivo de la democracia liberal y los valores occidentales, y expone cómo la educación política puede abrazar a generaciones de disidentes, mientras que, al mismo tiempo, ataca la idea de la propiedad privada que posee

la universidad contemporánea como corporación —y el trabajo de Brenna Bhandar es crucial en este sentido, especialmente en lo que se refiere a las leyes de propiedad y la delegación de poderes—, ya que la propiedad es fundamental para la formación de la subjetividad colonial e imperial estadounidense. Las acampadas en más de cien campus estadounidenses, desde las universidades de la Ivy League hasta las pequeñas universidades públicas, inquietaron a la burguesía estadounidense porque sus establecimientos de repente se sintieron fuera de su alcance y fuera de su control —«invadidos», por así decirlo— y toda la fantasía de la seguridad del campus se desmoronó. Esta fantasía es un reflejo de las fantasías nacionalistas en las que el campus se convierte en un microcosmos del cuerpo nacional, y los organizadores antisionistas se convierten en infiltrados en el campus como nación. Has escrito extensamente sobre los campos de refugiados, la comuna y los “acampados” en Palestina, una realidad que es obviamente muy diferente, con significados y retos muy distintos, pero me gustaría conocer algunas de tus reflexiones al respecto, sobre las acampadas universitarias y el campo de refugiados, como formas políticas temporales y no temporales, y como fuerzas subjetivadoras. Después de todo, las acampadas estadounidenses funcionaron principalmente como espacios de radicalización para los estudiantes (y, en ocasiones, aunque raramente, también para el personal y el profesorado), reclutando a muchos para la primera línea a través del prisma de iniciar un modelo pedagógico radical dentro de la universidad colonial-corporativa.

.....  
*Febrero de 2025*

**NA:** Una forma de pensar en el desafío histórico del movimiento estudiantil es analizarlo a través de las preguntas que plantean tus comentarios iniciales sobre Alemania. ¿Cuál es la vocación actual del sionismo para «Occidente» como orden civilizatorio y moral autoatribuido? Alemania es totalmente paródica en esta etapa. Pero también es una patología reveladora, porque Alemania es el fragmento de Occidente que más depende ideológicamente del sionismo para su propia identidad. No existe un verdadero lobby sionista en Alemania y, aunque Alemania vende una cantidad considerable de armamento a Israel, no estoy seguro de cuánto capital alemán se invierte en la economía israelí y los circuitos asociados. Y, sin embargo, el Estado alemán es prácticamente sionista por

constitución. Los políticos alemanes se han esforzado, en medio de este genocidio, un genocidio al que están armando activamente, por reafirmar el sionismo como parte de la «razón de Estado» alemana (staaträson).

La explicación habitual es atribuirlo a un sentido generalizado de culpa y al encubrimiento de la historia alemana con sangre palestina. Esto no es realmente satisfactorio, porque no veo la culpa como un sentimiento público real en una sociedad alemana que, como usted señala, ha votado en gran número a un partido explícitamente neonazi (y no solo neofascista) como la AfD. Para mí, no se trata en absoluto de un cuerpo social que se enfrente a la culpa ni, por lo demás, a ningún tipo de autorreflexión.

Sin suscribir una distinción rígida entre lo simbólico y lo material, creo que el ejemplo que citas apunta a lo central que sigue siendo el sionismo como aparato ideológico en Occidente (a la vez simbólico y material), de tal manera que sigue funcionando en el plano simbólico-discursivo incluso cuando cosas como los lazos financieros pueden estar deshaciéndose silenciosamente. Y, al mismo tiempo, a lo potencialmente discordante e inestable que se ha vuelto este aparato.

Y aquí creo que la vocación ideológica del sionismo no es en realidad que permita algún tipo de corrección del pasado desacreditado de Europa a costa de otros (los palestinos pagando por la historia nazi), sino que permite una extensión de la lógica de ese pasado en una forma que parece su negación. En otra parte he escrito que el sionismo es la coartada ideológica del Occidente posholocausto y poscolonial. Lo que el sionismo permite aquí es un desplazamiento del antisemitismo hacia los pueblos racializados del mundo (pos)colonial —y principalmente hacia los palestinos—, ya que el antisemitismo se reduce casi por completo a la defensa del sionismo. Las estructuras raciales y coloniales de la Europa de los siglos XIX y XX, que fueron absolutamente constitutivas del fascismo de entreguerras, desaparecen. Y con ellas, las lecciones de todos, desde Césaire hasta Arendt. No solo se absuelve a la civilización occidental blanca y racial, sino que, dado que el problema es ahora (y tal vez en esencia siempre lo ha sido) un problema del mundo poscolonial, se excluye al mismo tiempo el ajuste de cuentas con la historia colonial. Se trata de un impresionante juego de manos, tal vez el mayor engaño de la historia humana moderna.

En otras palabras, todo lo que excepcionaliza el Holocausto y vincula su reparación continua al sionismo funciona al mismo tiempo para desplazar y excluir cualquier reparación de la historia colonial. Es un extraño tipo de hipermemorialización que es radicalmente presentista. Lo que digo es que existe una conexión entre el Holocausto, como mal totalmente singular y aberrante sin precedentes históricos que exige su reparación solo en el sionismo, y su abstracción como «religión cívica» en Occidente, y cosas como el genocidio en Argelia o Namibia o las Américas, por no hablar de Palestina, que se olvidan, se niegan y se rechazan activamente como parte de la conciencia compartida o la historia humana común. Y la conexión, de hecho, el mecanismo, que permite eso en un sentido real es el sionismo.

Así pues, no se trata solo de que muchos de los componentes que conformaron el fascismo de entreguerras —el nacionalismo racial, la supremacía blanca, el exterminio colonial, las crisis cíclicas y seculares del capital, el despojo y la extracción depredadores a escala mundial, la «cuestión judía» en Europa— sigan sin cuestionarse y Occidente nunca tenga que enfrentarse realmente a sí mismo, sino que se extienden bajo el pretexto de una especie de transición más allá de todo esto. Esta es la vocación ideológica del sionismo, y creo que esta absolución moral, este sentido prístino de inocencia —que es profundamente simbólico— es a lo que se aferran más que nada las instituciones culturales y académicas del liberalismo. Y el punto final lógico (y absurdo) de todo esto es que el sionismo occidental sobrevivirá a Israel como proyecto estatal; persistirá en forma de ideología zombi mucho después de que Israel sea solo una mala nota al pie en la historia colonial. Incluso cuando la cosa en sí misma sea cada vez más difícil de sostener, la idea —de una manera totalmente deformada y perversa— persistirá.

Al mismo tiempo, el sionismo como objeto ideológico capaz de persuadir ampliamente o de suscitar adhesión ética parece haber llegado a su fin. El sionismo liberal está más muerto que nunca. No hay nada detrás del telón. El sionismo ha quedado completamente al descubierto: hoy en día no hay nada de verdad en el sionismo, salvo los escombros y los niños mutilados de Gaza. Occidente, entonces, ha redoblado su apuesta por el sionismo justo cuando este ha alcanzado su punto más alto de sadismo psicótico y narcisista. Y creo que, en cierto modo, eso destruye su antigua función como la excepción que confirma la regla de un mundo humanitario de posguerra. Una señal de ello es que el

14

Holocausto nazi —trágico por sí mismo— no puede pensarse ni incitarse hoy en día sin indexar el genocidio de Gaza en ese mismo momento.

Para el imperio, todo esto podría ser tolerable si hubiera algo real que mostrar a cambio. Pero desde el punto de vista del imperialismo liderado por Estados Unidos, el verdadero crimen aquí es que el sionismo hizo todo esto y aún así no logró sus objetivos estratégicos. Occidente redobló su apuesta por el sionismo, en un momento de debilidad histórica del orden imperial ante el imparable auge de un modelo alternativo de desarrollo chino, pero obtuvo muy poco a cambio. Redobló su apuesta y, en la práctica, perdió. Ahora bien, no creo que esto signifique que las clases dominantes vayan a renunciar al sionismo; probablemente significará lo contrario: seguirán redoblando su apuesta. Estamos más que nunca abocados al exterminio. Pero esto significará que los beneficios imperiales del sionismo disminuirán y que las contradicciones no solo saldrán a la superficie con mayor claridad, sino que volverán a casa con mucha más fuerza. Puede que aún nos maten a todos, pero la guerra imperial no será una fuerza estabilizadora para la política «interna» en un futuro próximo. Ahí es donde se encuentra la crisis de la universidad liberal.

Basta con pensar en la simultaneidad de tres imágenes de la semana pasada (la primera semana de febrero). Una: cientos de miles de palestinos regresando al norte de Gaza, que ha sido arrasado, revirtiendo en pocas horas un plan genocida de expulsión que se llevó a cabo durante 16 meses de guerra de aniquilación. Dos: Trump intentando contrarrestar esta imagen y este movimiento en un llamamiento televisado a la limpieza étnica total de Gaza para dar paso a una «Riviera de Oriente Medio» racialmente pura, un acto discursivo que intenta lograr en el discurso lo que fracasó en la guerra. Tercero: la imagen menos obviamente relacionada de los ejecutivos de Palantir despotricando en su informe trimestral. Palantir es, por supuesto, una empresa de análisis de datos creada por Peter Thiel y dirigida por el pseudointelectual y tecnólogo rebelde Alex Karp (que presume de una tesis doctoral inicialmente asesorada por Jurgen Habermas, aunque, al parecer, incluso Habermas consideraba a Karp demasiado, lo que en sí mismo debería decirnos mucho), muy vinculada al ejército y la seguridad nacional de Estados Unidos y que participó en la adquisición de objetivos de IA para el ejército israelí durante el genocidio, un hecho del que Karp se jacta efectivamente en este vídeo: no hay ninguna guerra occidental, nos dice, en la que Palantir no tenga una «huella de misión». La reunión está marcada fundamentalmente por la histeria sobre la IA china, que ha trastocado por

completo el último bastión de la supremacía tecnológica estadounidense, y, a su vez, por la confianza de Karp y compañía en que sus productos prevalecerán porque Occidente sigue siendo «una forma de vida superior», un chovinismo agudamente débil que solo confirma el miedo.

La yuxtaposición de estas imágenes es, en cierto sentido, toda la historia. Un Trump imperioso pero ridículo y su sonriente genocida compañero Netanyahu presidiendo la reunión en el Despacho Oval, y Karp, con su impecable camiseta blanca y sus elegantes gafas, presidiendo su reluciente, fría y palpablemente ansiosa sala de reuniones—una concentración y un entrelazamiento indescriptibles de riqueza y muerte masiva en estas dos imágenes—, todo ello yuxtapuesto a las imágenes de las personas más pobres del planeta, que emergen de dieciséis meses de puro horror, demacradas por el hambre, desaliñadas, rodeadas de nada más que escombros, con sus ciudades convertidas en cementerios, pero aún desafiantes, aún sonrientes, aún cantando y regresando a sus hogares en ruinas contra el mal combinado de todo el orden racial global. Este es nuestro mundo al descubierto. Un único tríptico que lo contiene todo. El genocidio de Israel se vislumbra aquí como el filo romo de una civilización colonial occidental moribunda, reducida a propiedades inmobiliarias parasitarias y máquinas de matar con inteligencia artificial, que se siente asediada interna y externamente.

¿Cómo podría la universidad liberal evitar este momento? Es imposible. Basta con pensar en cuántos fondos de dotación universitarios se invierten solo en Palantir. Apuesto a que son muchos. Esta es la crisis, quizás terminal, de la universidad liberal. La naturaleza de la acumulación financiera pone al descubierto la naturaleza del poder de clase de las personas que efectivamente son propietarias de estas instituciones a través de consejos de administración e inversiones. Este poder de clase —la capacidad de mando del capital— que se extiende entre los consejos de administración de universidades y museos y el mundo empresarial se muestra tal y como es: de origen imperial. Puede que esté oculto en lo más profundo de las carteras financieras de los consultores de inversión y los gestores de capital privado, pero depende tanto de la guerra y el saqueo como siempre lo ha hecho. Todas las confusiones de la jerga financiera, toda la supuesta complejidad de la maquinaria financiera en un nivel, solo sirven

para desplazar la sangre y el sudor, para desplazar la pila de niños muertos que se encuentra al final de la cadena de valor.

Cada vez es más difícil, pues, mantener las ficciones divisorias, y la universidad se ve atrapada en la encrucijada. Las universidades quieren todos los adornos del conocimiento crítico; de hecho, esto es una gran parte de cómo generan valor. Pero también son máquinas financieras corporativas sometidas a los límites políticos de un mundo imperial. Pueden reconocer la propiedad de la tierra, pero no devolverla; pueden descolonizar los planes de estudio, pero no tendrán nada que ver con las luchas de descolonización reales; pueden estar a favor del antirracismo, pero no desinvertirán en el racismo estatal y los regímenes de apartheid.

Cuando los estudiantes, que siempre representan la vanguardia en cualquier universidad, desafían este estado de cosas, se enfrentan no solo a una represión abierta, sino también a todo el peso del orden político. Y aquí, el sionismo obligatorio es el club, tanto en sentido literal como figurado. Literalmente, en forma de turbas y policías que se abalanzan sobre la disidencia estudiantil; recordemos cómo la acampada de la UCLA fue objeto de una noche entera de ataques casi autorizados por parte de turbas sionistas, antes de una noche entera de ataques policiales al día siguiente, y de la que Clover (una vez más) deducirá que: El sionismo simplemente nombra al estado policial en su sentido más social. En sentido figurado, en forma de guerra jurídica, investigaciones del Título VI, macartismo en el Congreso y cacerías de brujas organizadas en torno a una retórica armada de antidiscriminación. Una de las ironías de este momento es que parece que no es la derecha anti-woke per se la que va a dismantelar el discurso de la DEI y los derechos civiles, sino el sionismo estadounidense que lo canibaliza desde dentro.

No he respondido realmente a tu pregunta sobre las acampadas, los campos de refugiados y la subjetividad, pero diré esto: los espacios comunitarios que los estudiantes crearon y siguen creando en los campus universitarios representan algo muy importante, y es que derriban temporalmente los límites que delimitan la propiedad del campus y que aíslan a la universidad del terreno social más amplio. Por eso el tropo del «agitador externo» es tan asiduo, porque refleja un temor genuino a un punto potencial real de síntesis política. En el momento en que los estudiantes utilizan el campus para conectarse con el terreno más amplio

de las luchas sociales y laborales, es cuando superan las estériles zonas extraterritoriales de la universidad, cuando sus campamentos se vuelven sostenibles y cuando se convierten en sujetos políticos que actúan sobre el conjunto social y son capaces de cuestionar la complicidad de la universidad en las maquinarias de acumulación y muerte.

.....  
*Febrero de 2025*

**AHY:** El temor de las instituciones a que las luchas estudiantiles dentro de los campus universitarios se conecten con las luchas laborales y sociales fuera del «campus» como espacio político securizado y aislado, refuerza un importante dilema de la organización política dentro de la institución cultural y académica. Esto está relacionado con una cuestión más amplia de la organización según las especificidades de la posición material de cada uno dentro de una estructura económica concreta. Mis compañeros y yo, con quienes organizo especialmente en el contexto de la organización laboral y cultural, observamos que las instituciones liberales, como la universidad y/o el museo, han logrado conceptualizar el trabajo cultural y el trabajo académico como ocupaciones burguesas, creando una mayor alienación y división entre los trabajadores dentro y fuera de estas instituciones. Esto también está relacionado con la privatización de la educación y los continuos intentos de delimitar la propiedad intelectual, el arte, la pedagogía y el conocimiento como inversiones burguesas exclusivas. Esta [des]alienación se vuelve aún más crítica cuando tenemos en cuenta las terribles condiciones de trabajo a las que se enfrentan la mayoría del personal universitario y algunos profesores, la precariedad de mantener sus puestos de trabajo o el trabajo no contabilizado de los estudiantes de posgrado. Lo mismo ocurre con los trabajadores culturales de los museos y las instituciones culturales, que realizan una gran cantidad de trabajo [feminizado] por salarios extremadamente bajos, y por trabajadores me refiero a los trabajadores de estas economías, y no a los dealers de arte o los directores de museos, o los profesores titulares, o los conservadores jefe, y muchos otros que encajan en la categoría de clase gerencial profesional— la clase de intelectuales profesionalizados que se ven a sí mismos como observadores y comentaristas moderados, distantes y desapegados. Sin embargo, de alguna manera, las personas que normalmente se organizan dentro de estos espacios institucionales no son en su mayoría los

trabajadores, sino los consumidores de la producción cultural/pedagógica de la institución o el público. En el caso de la universidad, los organizadores son en su mayoría los estudiantes que pagan matrículas para recibir educación. En el caso del museo, son más que nada los artistas y los trabajadores culturales independientes quienes se organizan contra la represión y la complicidad de las instituciones, quienes son de hecho trabajadores dentro de las economías del arte, pero no los que ocupan puestos de empleados dentro de los establecimientos contra los que se organizan. Y el caso es aún más evidente en ausencia de sindicatos organizados en el lugar de trabajo, especialmente en un lugar como los Estados Unidos. Por supuesto, la precariedad de la figura del trabajador dentro de estas instituciones no es una realidad para todos y varía y depende de los contratos, de si se trata de un miembro del personal o de alguien con una función creativa, del grado de seguridad de mantener el puesto de trabajo (adjunto, asociado, titular, etc., asalariado, contratista, autónomo), la dinámica de género dentro de la institución, la reputación y la riqueza de la institución, y el propio trabajo, ya que la mayoría de los empleados de estas instituciones no realizan labores creativas ni docentes.

Esta conceptualización de la posición laboral de uno dentro de estas instituciones como diferente al trabajo en otros lugares también es reproducida y repetida con frecuencia por los propios trabajadores culturales y académicos, lo que contribuye aún más a la fisura en la organización de un movimiento/lucha laboral dentro del campus universitario o el museo que esté sincronizado y en relación con la política de los movimientos laborales externos. Esto no quiere decir que el trabajo creativo no sea diferente, por ejemplo, del trabajo manual, sino que hay que considerar seriamente y reflexionar sobre cómo esta diferencia en el trabajo es a la vez abusada por el lugar de trabajo y una fuerza subjetivante de diferenciación.

Creo que esto se vuelve más insidioso, especialmente desde la perspectiva de los activistas, organizadores y trabajadores en general, que se dedican a la organización laboral y cultural fuera de estas instituciones, cuando los profesores, curadores y administradores culturales/académicos que representan simbólicamente a estas instituciones y producen libros, artículos, programas públicos, exposiciones, bienales y otros medios de producción cultural que obtienen su importancia y reputación por supuestamente comprometerse con la política de izquierda, en particular anticolonial y anticapitalista, y que luego se niegan a organizarse políticamente en su lugar de trabajo o incluso a ofrecer

gestos simbólicos de «solidaridad». Más aún, existe una relación explícita entre la movilidad social ascendente, la remuneración, la reputación y el estatus, y esta negativa a organizar y politizar el trabajo dentro de la institución. Muchos de los izquierdistas y los de la izquierda liberal —los marxistas occidentales, por así decirlo— rechazan la proletarización de los trabajadores de sus instituciones y prefieren entablar amistad con la administración y desempeñar el papel de pequeños burgueses para neutralizar los movimientos estudiantiles y laborales dentro de las instituciones, vaciando sus proyectos políticos e impulsando la pacificación y los gestos simbólicos bajo el pretexto de una acción sostenible y segura, cuando lo único que se mantiene en este caso es el equilibrio de poder. Y, en términos generales, este es el mejor de los casos. Este tipo de intelectuales profesionalizados creen en la institución y en el establishment en general y quieren proteger la capacidad del sistema y del poder para aprobar [a ellos] y desaprobar [a otros], y siempre impulsan acuerdos discursivos y simbólicos, en lugar de tensiones y confrontaciones materiales, lo que en el fondo es un mantenimiento egoísta del poder que favorece sus posiciones laborales por encima de las de quienes están por debajo de ellos.

Muchos se sienten traicionados por estos «trabajadores» y se preguntan cómo es posible que las personas que institucionalizan y reclaman con audacia una voz autoritaria sobre las críticas de izquierda a la economía política, el fascismo, el colonialismo, la raza, género, clase, etc., se niegan a adoptar posiciones firmes contra la complicidad de sus instituciones en el genocidio y el comercio de armas «en otros lugares» como violencia estructural que sus abstracciones teóricas y conceptuales deberían realmente explicar, o incluso contra el silenciamiento y la vigilancia de los estudiantes y el profesorado, que son síntomas y manifestaciones locales que revelan la violencia de la estructura. No es que la lucha haya dependido nunca de este estrato intelectual, ni que haya sido el motor teórico y discursivo fundamental de la movilización de izquierda, pero no obstante se trata de un grupo crucial cuya inclusión en las movilizaciones políticas debe activarse, ya que sustenta tanto el capital cultural como el económico.

Durante los últimos dos años, hemos sido testigos del derramamiento de sangre y los gritos de nuestro pueblo, acompañados del silencio de muchos. Para nuestra sorpresa en ocasiones, pero sobre todo para nuestra decepción, entre estos muchos se encontraba también el silencio de personas a las que confundimos con

20

nuestros compañeros en la lucha por nuestras supuestas inversiones comunes en proyectos políticos e intelectuales similares, lo que supuso un desenmascaramiento total de la figura intelectual histórica de la Revolución Francesa y sus límites, así como de la del marxista occidental. Muchos de los académicos que enseñan y se dedican a las obras políticas que critican el capital, el colonialismo y el imperio mantuvieron estas críticas como retóricas cuando se trató del genocidio en Gaza, y prefirieron luchar entre sí en el lugar de trabajo por puestos permanentes (de nuevo, la fantasía de la seguridad) en lugar de sindicalizarse o construir un colectivo fuerte dentro de la institución. No se trata simplemente de chismes académicos, sino de una realidad que demuestra la incapacidad de esta izquierda intelectualizada e institucionalizada para organizarse como masa o fuerza de negación dentro de la institución con el fin de mantener la seguridad y la comodidad individuales en una época de crisis global, mientras se disfraza de «comunidad» intelectual académica. Muy pocos en la izquierda occidental, y menos aún entre los liberales, adoptaron posturas firmes contra sus administraciones ante la escalada de represión contra los estudiantes y la militarización y vigilancia policial de los campus, aunque cabría esperar que la fascistización descarada del campus fuera algo que preocupara al establishment liberal, si no fuera por el genocidio. Y, obviamente, la crítica aquí se refiere a la ausencia de un movimiento serio, más que a la ausencia de esfuerzos individuales por parte de un puñado de profesores que están realizando algún tipo de trabajo de organización, ya sea públicamente o entre bastidores. Uno empieza a preguntarse si el genocidio de los palestinos, ya deshumanizados, colonizados, desposeídos y asediados, no fue una fuerza movilizadora dentro de estas instituciones, tal vez con la amenaza de perder su autonomía académica individual y las pocas libertades de expresión y de reunión política que les quedan, podrían movilizarse de alguna manera para mantenerlas. Interpreto esto como otra crisis en la forma; tal vez sea más evidente en el ámbito de estas instituciones que en otros lugares, pero es emblemático de algo más grande. Vivimos en una época en la que muchos pueden señalar sus virtudes, incursionar en la teoría marxista y debatir sobre el orden y el poder, hablar de descolonización y preguntarse quién es el sujeto revolucionario mientras lo hacen por su cuenta, sin estar integrados en ningún movimiento social o lucha, sin intereses, materialidad o compromiso político con una vida más allá de los muros cerrados y militarizados del campus universitario y las colecciones de restos humanos almacenados bajo los pisos principales de los museos. Contenido sin forma. Algunos lanzan sus opiniones al mundo, publican un libro aquí, asisten a una conferencia allá, organizan un programa público sobre el «Antropoceno» o hablan de cómo el capitalismo está provocando una catástrofe planetaria total, algunos incluso llegan a decir que «la descolonización no es una metáfora» y

defienden el cambio material, pero siguen sin conseguir que su posición laboral y el poder simbólico que esta conlleva se opongan u organicen frente a lo que este genocidio ha cambiado en todos nosotros más allá de los muros fracturados de Gaza, sucumbiendo a las mismas fuerzas que supuestamente critican con vehemencia.

Antes mencionaste algo sobre que estas instituciones son a la vez centrales y periféricas, y hay algo de verdad en ello. Trabajamos con tal inmediatez al poder, nuestros puestos de trabajo están a merced de la circulación del capital, y lo que representamos cuando trabajamos en tales puestos tiene importancia. El grado en que las universidades se han visto implicadas en la fabricación y el comercio de armas, los proyectos de gentrificación y los asentamientos y despojos tanto en Palestina como en lugares como América del Norte, por ejemplo, debería obligarnos a muchos de nosotros a organizarnos en nuestros lugares de trabajo si realmente creemos en lo que predicamos. Sin embargo, estas instituciones están muy distanciadas, pero es precisamente este distanciamiento el que ofrece a una perspectiva que aporta claridad a quienes están inmersos en luchas en otros lugares. La educación, la erudición y la producción artística también nos ofrecen un sentido del matiz, la fluidez, el estado de alerta y la capacidad de leer, sintetizar, reflexionar y ver a través de las maniobras estéticas y mediadoras del capital y el imperio. Esta es la razón lógica por la que ahora se teme que la lucha haya llegado al campus con esta magnitud. Los que están en el poder han utilizado durante mucho tiempo la educación, el arte y la estética para construir ficciones nacionalistas y coloniales, fuerzas de trabajo obedientes e ideológicamente educadas, y para movilizar las energías libidinosas de las masas hacia fantasías de unidad contra los peligros de los «otros» racializados, sexualizados, queerizados y demonizados, desviando la atención de las estructuras de opresión hacia aquellos que han sido convertidos en chivos expiatorios por el régimen. La educación crítica y radical y el acceso a diversas producciones artísticas contemporáneas desarrollan nuestras habilidades y capacidades críticas para reconocer las estructuras existentes. Nos permiten ver más allá de las fachadas y fantasías de la superestructura y, cuando tienen éxito, desviar nuestra atención hacia la base infraestructural sobre la que se sustenta la opresión. Esta es la crítica materialista de la cultura que necesitamos: debemos preguntarnos si la cultura que se produce, se celebra, se difunde y se consume funciona como una distracción de nuestra atención de nuestras realidades vividas y sus contornos de violencia y extracción material, sedándonos, distrayéndonos, seduciéndonos,

engañándonos, o si es una cultura que redirige nuestra atención hacia los asuntos que nos ocupan, las estructuras abstractas que rigen nuestras vidas, encendiendo nuevas formas de conciencia colectiva, desalienación, crítica, imaginación y movilización.

.....  
*Marzo de 2025*

**AHY:** Desde que empecé a responder a tus últimas observaciones, han cambiado muchas cosas mientras te escribía. Estamos siendo testigos de un avance autoritario y una aceleración de esta administración de lo que la administración Biden ya ha comenzado en términos de presión sobre las instituciones académicas de educación superior. Múltiples figuras de las universidades estadounidenses, principalmente estudiantes, empezando por Mahmoud Khalil, han sido secuestradas de sus hogares, expulsadas de sus universidades, deportadas o se les ha prohibido la entrada en Estados Unidos. Hay una escalada y un cierre sobre los palestinos y la organización palestina en las universidades y, una vez más, estos espacios están tomando protagonismo como epicentros del flujo, la retirada y la interrupción del capital, así como espejos de la estructura de poder ideológica en la que vivimos como sociedad. Y desde anoche, Israel ha roto el alto el fuego y ha reanudado sus bombardeos sobre Gaza. Para concluir quizás este prolongado intercambio que ha tenido lugar a lo largo de un año con muchos cambios y giros entre cada respuesta, ¿cuáles son algunas de sus reflexiones sobre este momento? ¿Cuál es tu lectura de la coyuntura histórica actual en la que nos encontramos, tanto como educador como alguien que ha estado profundamente involucrado en las formaciones políticas, sociales y psíquicas que constituyen los sujetos políticos y las formas de resistencia/rechazo a los regímenes de poder y subyugación? Leer este momento, leer el mundo tal y como tú dices «desde Palestina».

**NA:** Bueno, hemos cruzado un umbral enorme. Uno que todos veíamos venir, pero que, de alguna manera, ha sido impactante. Y mucho depende de cómo respondamos a esto. Lo que más indica es hasta qué punto se están intensificando las crisis entrelazadas (pero lejos de ser idénticas) del sionismo y el imperio liderado por Estados Unidos.

Seamos claros, con Mahmoud Khalil estamos hablando de la desaparición forzada de un residente legal permanente por su discurso político. Todos los demás detalles son esencialmente insignificantes. Khalil fue allanado en su casa por agentes estatales no identificados, sin orden judicial, sin el debido proceso, sin cargos, esposado, metido en un coche sin distintivos y trasladado al menos a mil kilómetros de su casa. Desde entonces, esto se ha repetido con Leqaa Korda, que supuestamente se quedó más tiempo del permitido por su visado, pero que ha sido objeto de persecución por su actividad política, y con Ranjani Srinivasan, otra estudiante de Columbia que fue expulsada del país bajo la opción de «autodeportación» por parte del Estado. Más recientemente, Badar Khan Suri, becario de Georgetown, fue detenido por agentes enmascarados y subido a una furgoneta sin distintivos con el mismo pretexto. Ninguna de estas personas ha sido acusada de nada; todas ellas se enfrentan a la deportación o han sido efectivamente deportadas.

Lo primero que hay que recordar es que el régimen de deportación es un régimen disciplinario violento que actúa sobre gran parte del cuerpo social. Nicholas De Genova nos enseñó hace tiempo que lo importante de este régimen no es la deportación en sí misma, sino la deportabilidad. La deportación, como mecanismo productivo de poder, opera sobre la mayoría de las personas que no son deportadas, pero que son susceptibles de serlo. Lo revelador de este momento es la extensión de la deportabilidad desde la mano de obra indocumentada racializada y desechable hasta los disidentes políticos racializados y desechables. Esto no solo significa que incluso cumplir con las supuestas normas migratorias (por muy amañadas que estén) ya no es garantía de nada. Para mí, significa que la clase dominante está utilizando ahora el régimen de deportación para gestionar crisis de otro tipo.

Hemos entendido la deportabilidad como una función de la necesidad del capital con sede en Estados Unidos de contar con una mano de obra siempre disponible para la deportación, es decir, desechable. En este sentido, la deportabilidad es un mecanismo de generación de valor. El pánico moral fronterizo y las llamadas crisis de refugiados son combustible para las eternas guerras culturales, pero el hecho tácito que subyace a todo ello es que la frontera es, siempre será y, de hecho, debe ser porosa. Sin embargo, en nuestra coyuntura actual, el poder de deportación apunta directamente al discurso político e indirectamente a las

24

garantías legales de ese discurso. La cuestión ha sido explícitamente el discurso; tanto Khalil como Suri han sido acusados de «promover el antisemitismo» o «difundir propaganda de Hamás». El Estado sabe que nada de esto alcanza ningún tipo de umbral legal, ni siquiera para las llamadas leyes antiterroristas, por lo que se basa en lo que es esencialmente un poder de excepción extralegal, casi nunca utilizado, que en teoría ejerce el secretario de Estado. Y aquí debe quedar claro que, si la historia sirve de guía, la ciudadanía no es en absoluto garantía de seguridad. La desnacionalización y la desnaturalización están absolutamente sobre la mesa, ya ha habido un intento de eliminar la ciudadanía por nacimiento. Estamos a un paso de todo esto.

Todo esto nos dice que la clase dominante sabe hasta qué punto llega la podredumbre. Todo ello expresa, en mi opinión, el deseo de esta clase dominante de reprimir sin restricciones la disidencia en un momento en el que la prescindibilidad y la indeseabilidad de un número cada vez mayor de personas no harán más que aumentar con las crisis permanentes de esta época. Por supuesto, no es casualidad que Israel reanudara su genocida ofensiva, matando a casi quinientas personas, más del cuarenta por ciento de las cuales eran niños, en una sola noche, días después de la ola de secuestros. La clase dominante estadounidense está empeñada tanto en aplastar el movimiento de liberación palestino en Estados Unidos como en hacer renacer el Estado sionista de forma sostenible a largo plazo mediante la liquidación de la cuestión palestina y del pueblo palestino. Y, en este sentido, esta expansión del régimen de deportaciones también nos recuerda cómo la cuestión de Palestina une ahora las conexiones entre la prescindibilidad de la mano de obra migrante global y la prescindibilidad más amplia de la vida humana racializada a escala planetaria.

Pero el horizonte estratégico de los secuestros es aún más amplio. La clase dominante no ignora que vivimos en una temporalidad definida por múltiples crisis simultáneas, entrecruzadas y permanentes, o lo que Adam Tooze denomina policrisis, en la que no hay horizonte de resolución. Crisis que no se resuelven, sino que se gestionan indefinidamente: la catástrofe climática, las crisis seculares del capital y la reproducción, la mutación de las enfermedades zoonóticas, el fin de un mundo unipolar, el colapso del orden liberal basado en normas, etc. Si algo de esto se va a convertir en regímenes estables de acumulación y gobierno dentro de la realidad sistémica actual, se necesitará una enorme fuerza represiva. ¿Cómo se puede reindustrializar de forma rentable Estados Unidos, por ejemplo, sin grandes inversiones públicas, sin aplastar al movimiento sindical, sin retroceder

en la legislación laboral y sin exprimir a los trabajadores? ¿Cómo se gestiona el desplazamiento climático si no se pretende reducir las emisiones sin recurrir a una violencia fronteriza extrema?

El papel del sionismo vuelve a ser doble aquí: se convierte tanto en herramienta como en modelo. Por un lado, el sionismo se convierte en un nombre para la porra policial, envuelta en el filosemitismo más vulgar (pensemos en Trump tuiteando «Shalom Mahmoud» para anunciar el secuestro). Es en este contexto que Trump ha utilizado repetidamente el término «palestino» no solo como un insulto racial (utilizándolo para describir, precisamente, al decrépito sionista de la vieja guardia impulsor del genocidio que es Chuck Schumer), sino también, en efecto, como un término de destierro de la protección legal. En otras palabras, el sionismo es parte clave del arsenal de un régimen racial ahora más extremo, de manera que el poder de deportación se alinea más directamente con la arquitectura legal de excepción heredada de la guerra contra el terrorismo.

Pero el sionismo también funciona como modelo o paradigma. Y no debemos subestimar esto. El sionismo, el sionismo realmente existente, es posiblemente la destilación más concentrada del racismo colonial y el exceso estatal en el mundo contemporáneo. Sin excepción. No es solo que sea el heredero del proyecto colonial europeo en su forma más autosuficiente. También es el vestigio contemporáneo del racismo y el poder estatales en una forma desenfrenada que en otros lugares tuvo que ser rechazada. Un orgulloso vestigio de lo que todos los demás en Occidente tuvieron que fingir que ya no les gustaba. Un racismo y un poder estatales que se liberan de cualquier mecanismo de autorrepresión, que eliminan cualquier pretensión o incluso hipocresía, y se adentran directamente en la crueldad y el sadismo desenfrenados que el orden político burgués occidental tuvo que fingir, al menos, haber superado. El sionismo proclama a los cuatro vientos sus intenciones genocidas; sus ministros estatales piden abiertamente la eliminación de todo lo que se interpone en su camino; sus partidarios declaran de forma casi explícita que el asesinato masivo de niños es necesario para la supervivencia del Estado y que no pedirán perdón por ello. Este es el atractivo del sionismo actual. Cuanto más se hunde en su propia espiral suicida de destrucción nihilista e histérica, más celebra abiertamente su sadismo y su voluntad de destrucción, más ofrece una visión del futuro para aquellos que no están interesados en convivir en el planeta con lo que consideran poblaciones

26

subhumanas sobrantes. En otras palabras, el atractivo del sionismo para la nueva derecha fascista es que ofrece un modelo de corrección histórica a lo que ellos consideran una larga rendición en la que la supremacía occidental o blanca ha tenido miedo de decir su nombre. Quieren poder decir su nombre; quieren hacer el «sieg hiel» en un mitin político y no tener que fingir que es un gesto autista de afecto. En este sentido, el sionismo es a la vez el pasado y el futuro del proyecto racial-colonial europeo.

En el centro de todo esto hay una especie de revisionismo histórico impulsado por la policrisis. Si consideramos que la liberación anticolonial es el núcleo de la revolución socialista mundial, entonces, en cierto sentido, toda la historia occidental de la posguerra puede considerarse como una larga contrarrevolución contra el proyecto de descolonización. El neoliberalismo fue una victoria importante para esta contrarrevolución, pero fue insuficiente; y con el colapso del dominio global unipolar estadounidense, se convierte de hecho en un obstáculo. La incapacidad de las viejas herramientas de la ortodoxia del libre mercado y el internacionalismo/intervencionismo liberal para mantener esta contrarrevolución se transvalora en una serie de «rendiciones» que deben ser revocadas: el derecho internacional, la globalización, los derechos civiles, el feminismo, la protección del medio ambiente, etc.

La ironía histórica aquí es, por supuesto, que esta voluntad de destrucción, este deseo de eliminar las trabas «morales», es una mediación de la crisis, no de la fuerza. Los secuestros y las deportaciones deben entenderse, pues, dentro de un arco histórico en el que tanto el sionismo como el imperio en decadencia al que sirve como guarnición imperial se están desmoronando y se enfrentan a retos posiblemente insuperables. Su anhelo de gobernar sin restricciones no debe confundirse con fuerza, sino reconocerse como la peligrosa debilidad que es.

¿Han estado a la altura de este desafío los intelectuales universitarios? En general, tenemos que decir que hemos fracasado. Se están llevando a cabo muchas iniciativas importantes a nivel de profesorado en las universidades estadounidenses, pero si somos sinceros con respecto a nuestra situación, tenemos que decir que han sido totalmente insuficientes. Y me refiero a insuficientes teniendo en cuenta lo que está en juego, dada la complicidad activa de muchas administraciones universitarias con el ataque a la educación superior (que incluye la entrega de nombres de estudiantes para las redadas del ICE). No

creo que esto sea una exageración. La única conclusión, por ejemplo, de las acciones de Columbia no es que la administración se esté sometiendo involuntariamente a la presión del Estado y al nuevo «miedo al comunismo», sino que quiere activamente esta oportunidad para aplastar el poder del profesorado y purgar el alumnado. No se trata de una complicidad pasiva, sino de una colaboración activa.

Por supuesto, todos entendemos que el profesorado tiene que librar una batalla en dos frentes: defender el espacio universitario (y aliarse con los administradores progresistas) y presionar a sus administraciones al mismo tiempo. No es fácil y el dilema es real, pero tenemos que admitir que la clase intelectual no ha sido capaz de adoptar activamente la postura que permitiría hacer frente a este reto. Me resulta difícil, al menos a mí, entender exactamente por qué es así. No parece haber fuerza organizativa, ni conciencia. Por supuesto, tienes razón en que las jerarquías de la universidad y la renuencia del profesorado a considerarse trabajadores u obreros de cualquier tipo son una parte importante del problema. A esto se suma una aversión general a la contradicción, la lucha y la división, y en cambio una tendencia a mantener el statu quo bajo el manto de nociones de civismo, colegialidad, «comunidad», etc. Detrás de todo esto están, por supuesto, el castigo y la recompensa. Edward Said escribió una vez que no hay nada peor que esos hábitos mentales que inducen a la evasión, ese característico alejamiento de una posición difícil y basada en principios que sabes que es la correcta, pero que decides no adoptar. No quieres parecer demasiado político o demasiado controvertido; quieres mantener una reputación de moderado, objetivo y equilibrado. Todo ello con la esperanza, escribe, de que te vuelvan a llamar, para asesorar, para formar parte de una junta o de un comité prestigioso, y así permanecer dentro de la corriente dominante responsable. Así es como los intelectuales se transforman en «expertos» y, como nos dijo una vez Guy Debord, todos los expertos siguen a su maestro y el experto más útil es el que sabe mentir.

La silenciosa inacción de los sumos sacerdotes de la teoría crítica, la interseccionalidad, el marxismo occidental y la teoría descolonial es ensordecedora; y, sí, incluso aquellos que intentaron enseñarnos que «la descolonización no es una metáfora» se rindieron y firmaron declaraciones que demonizaban la resistencia anticolonial palestina y prometían lealtad efectiva a

28

un orden colonial global. A esto se suman las tendencias que siempre han privilegiado la teoría (en Occidente y por parte del profesorado) sobre la praxis (en el Sur y por parte de los estudiantes y los trabajadores). Tendencias que inflan la importancia de gran parte de esta formación social. Algunos profesores realmente piensan que sus conversaciones y talleres son, en última instancia, más importantes, incluso en este momento, que las acciones y prácticas lideradas por los estudiantes y los movimientos, y lo digo como académico totalmente comprometido con la necesidad y la urgencia del estudio, la reflexión y la escritura (en realidad es lo único en lo que soy bueno).

Tenemos que mirar mucho menos a los intelectuales y a los productores culturales. El lado positivo de todo esto es que, para muchos, y lo que es más importante, para toda una generación de estudiantes, las ilusiones que tenían sobre el profesorado radical se han evaporado. Y este desencanto podría ser un paso crucial en el crecimiento de movimientos políticos y formas de estudio que no solo rechazan el liderazgo de los intelectuales, sino que desintegran la noción actual de intelectual. La fantasía de una vida intelectual viable (es decir, separable) es, como nos han demostrado repetidamente Fred Moten y Stefano Harney, la base sobre la que se sustenta toda la economía política libidinal de la academia. Hay demasiado en juego y los costes son demasiado graves como para que nadie siga las indicaciones de los académicos de carrera. Y cualquier potencial revolucionario que contenga la lucha actual supondría no solo frenar el ataque de la derecha a la educación superior, sino, en última instancia, la abolición tanto de la universidad como fondo de inversión como de la figura del intelectual como experto profesional.



**Nasser Abourahme** es escritor y profesor, y actualmente es profesor adjunto en el Bowdoin College. Su trabajo abarca desde la historia colonial hasta la teoría política, y sus escritos pueden encontrarse en publicaciones como *Critical Times*, *Radical Philosophy*, *Cultural Critique* y *Critical Ethnic Studies*. Es autor de *The Time beneath the Concrete: Palestine between Camp and Colony* (Duke University Press).

**Adam HajYahia** es escritor y comisario artístico. Su investigación y su trabajo se centran en la economía anticolonial, la estética y la política de las imágenes, el sonido y la performance en el contexto revolucionario de Palestina y su región, la teoría y el trabajo psicoanalíticos, y la especulación económica negativa en el arte contemporáneo.